



De la plantación queda poco. Lo que hay hoy donde encontraron a Anais muerta es la urbanización Yurusti. SILVIA COTOLT

Santo Domingo

Provincia: **Heredia**
 Población: **6.251 hab.**
 Extensión: **0,74 km2**

◆ Santo Domingo

◆ **ROBERTO ACOSTA D.**
racosta@lateja.co.cr

Anais Astúa Zúñiga y sus hermanos se levantaban todos los días a las 6 de la mañana para alistarse y salir juntos hacia la escuela Benito Sáenz, que queda en Santo Domingo de Heredia.

Era un recorrido de aproximadamente un kilómetro entre cafetales y árboles que dan sombra.

El 10 de abril de 1967 la rutina cambió, y hasta el día de hoy nadie se explica por qué los dos hermanos de la niña se adelantaron y llegaron antes que ella al centro educativo.

La pequeña, de tan solo ocho años de edad, tuvo que irse sola, 10 minutos antes de las 7 de la mañana, con los cuadernitos en la mano, vestida con su blusa blanca, enagua azul y botas cafés. Si acaso alcanzó a caminar 200 metros.

Nadie vio nada, nadie oyó nada, y nadie pudo hacer algo por ella.

Las primeras sospechas de que algo andaba mal surgieron como al mediodía, cuando don Efraín Astúa se dio cuenta de que su hija no había llegado a la escuela.

Tal como se acostumbraba en aquella época, el cura dio la noticia por los parlantes de la iglesia. El pueblo, horrorizado, se organizó para buscar a la niña.

Primeras pistas. Lourdes Masís, mamá de Vitalina Rojas Masís, compañerita por la que Anais tenía que pasar, pero nunca lo hizo, se fue a recorrer los cafetales que daban al río Tibás.

La señora tenía el presentimiento de que algo extraño le había ocurrido a la chiquita, como pudo confirmar al hallar debajo de un árbol la tapa de un cuaderno con el nombre de Anais.

Poco antes de toparse con esta primera pista, doña Lourdes había escuchado unos ruidos extraños en otra parte de los cafetales, a unos 800 metros.

En principio, creyó que podía ser Anais o alguien que le había hecho daño a la pequeña; sin embargo, no le tomó importancia.

Fue la curiosidad la que empujó a doña Lourdes a regresar al sitio donde había encontrado la tapa del cuaderno. Esta vez se hizo acompañar de un vecinito, de 10 años porque, como era lógico, tenía miedo.

Al llegar, observó un puño de ramas y hojas a un lado de unas matas de café. Se acercó para ver lo que había debajo y vio la cara de Anais.

La pequeña estaba boca arriba, y un rastro de sangre salía a un lado de su cuerpo. Tenía, además, las manitas pegadas al pecho, señal de que alguien se las había colocado con delicadeza.

Serían las 2:30 de la tarde de ese 10 de abril de 1967 cuando fue confirmado uno de los crímenes que más ha golpeado a la comuni-

7
horas duraron en encontrar a Anais.



HORRIBLE CRIMEN "PERFECTO"



EL ÚLTIMO DÍA DE

Anais

dad de Santo Domingo. El próximo martes se cumplen 45 años.

Cayó el primero. Los sabuesos no perdieron

tiempo, y trataron de dar lo más rápido posible con quien cometió semejante salvajada.

No tardaron mucho en agarrar al primer sospechoso, un hombre al que don Efraín había denunciado en enero de ese año por haberle tocado un brazo a su pequeña. En su declaración, el padre afirmó que también le dijo ofensas y vulgaridades.

Durante la entrevista realizada por los agentes de la desaparecida Dirección de Investigaciones Criminales (DIC), sección que controlaba el Ministerio de Seguridad Pública en aquellos años, el sospecho-

so negó todos los cargos.

Alegó que era muy viejo (tenía 65 años) y no podía caminar bien para cometer semejante agresión.

Al hombre lo soltaron.

"El Zoncho". Dos días después, el 12 de abril, los oficiales capturaron al segundo sospechoso.

Este sí coincidía con la descripción de los testigos.

Nadie observó el ataque que sufrió Anais, pero los vecinos vieron, horas después del crimen y días antes de este, a un hombre moreno, de abundante pelo negro, que no era ni alto, ni bajo y que se tapaba la boca con un pañuelo sucio.

Esos detalles calzaban perfectamente con este segundo sospechoso detenido.

Las autoridades lo interrogaron en la Alcaldía (lo que se conoce ahora como Fiscalía) de Santo Do-

Uno de los cuadernitos quedó tirado en el cafetal. ILUSTRACIÓN FREDDY SOLÍS



ANAIS

mingo.

El hombre, a quien conocían con el sobrenombre de "El Zoncho", negó todos los cargos.

Los oficiales no quedaron satisfechos con la respuesta y lo torturaron para que se declarara culpable.

Esta era una práctica común en aquellos tiempos, de la que echaban mano los investigadores para resolver los casos. Como sucede la mayor parte de las veces en que se aplican este tipo de prácticas, la persona a la que se manda a la cárcel es inocente.

"El Zoncho", después de una buena dosis de maltrato, no tuvo otra salida que aceptar que había cometido el crimen, a pesar de que no había pruebas contra él.

Poco después, un agente que fue testigo de la tortura reveló

que el hombre había "cantado" bajo presión.

"El Zoncho", de 27 años, quedó libre, pero tuvo un nuevo encuentro con la ley en mayo de 1967.

En esa oportunidad, con más calma, reveló por qué aceptó la culpa y explicó que el día del crimen se levantó a las 7 de la mañana y estuvo todo el día en la casa de una vecina.

Sin pistas. En el sitio donde encontraron el cuerpo de Anais, los detectives no hallaron ninguna pista que pudiera relacionar a "El Zoncho" con el asesinato.

Luego se supo que a la chiquita la estrangularon y, tras de eso, abusaron de ella.

Un juez no tuvo otra más que de-

jar en libertad a ese hombre que era el único que en teoría parecía ser el asesino.

Las autoridades contaban con certificados médicos que demostraban que "El Zoncho" había estado dos veces, en 1959, en el Chapuí (hospital psiquiátrico), donde le diagnosticaron esquizofrenia y deficiencia mental.

Ese dictamen lo liberaba de sus actos.

"El Zoncho" falleció a los 51 años, en agosto del 2001.

En aquella época, el asesinato de Anais fue considerado el crimen perfecto, pues nunca dieron con los culpables y, hasta la fecha, es uno de los misterios más grandes de la historia judicial del país.

51

años tenía
"El Zoncho"
cuando
falleció.



La familia aún recuerda a la pequeña Anais, aunque han pasado muchos años. SILVIA COTO PARALT

Vecinos la tienen presente **Sigue viva en el recuerdo**

◆ SILVIA COTO
silvia.coto@lateja.co.cr

En una humilde casita en Tierra Blanca de San Isidro de Heredia, viven los familiares de Anais Astúa Zúñiga.

Su hermana, quien lleva el mismo nombre en su honor, pero con una hache intercalada (Anahís), nos contó que en su casa siempre recuerdan a la niña.

“Yo no la conocí porque soy menor que ella. Fue algo muy cruel. Han pasado muchos años, y mi mamá, aunque es una señora mayor, nunca olvida lo que pasó”, dijo Anahís, quien prefiere no dar más detalles sobre el crimen que estremeció a su familia y a toda la comunidad.

En la provincia de Heredia todavía hay quienes recuerdan aquella tragedia. Uno de ellos es doña Rafaela Porras, quien tiene 85 años de edad y los mismos años de vivir en Santo Domingo.

“Yo tenía 40 años. Recuerdo que decían que una chiquita andaba pérdida entre los cafetales. Decían que era muy linda y usaba uniforme, la gente pensaba que se la habían robado, ya que no llegó a la escuela”, recordó Rafaela.

Según esta herediana, varias personas salieron a buscar a la niña, pues no era un lugar donde se perdieran los chiquitos, y confirmó que todos sospechaban de un hombre que había andado por la zona en los últimos días.

“Una señora, si la memoria no me falla, llamada Lourdes, se fue a buscarla y fue quien lo-



La escuela a la que iba la niña ahora es más grande. SILVIA COTO PARALT

gró encontrarla. Aquello fue algo atroz, la manera como le dieron muerte y la frustración del pueblo porque aunque creíamos saber quién era el sospechoso, la Justicia no lo sentenció. La muerte quedó impune, igual que la chiquita de Sarapiquí, Yosebeth”, recordó doña Rafaela.

Según doña Rafaela, del crimen de Anais surgió el dicho del “Zoncho”.

“Si anda solo o no hace caso, se lo va a llevar ‘El Zoncho’”, decían los abuelitos. Esa frase aterraba a más de un carajillo.

“Siempre existió la duda de si la historia volvería a repetirse, pero afortunadamente no”, concluyó la mujer.

La escuela donde vivía la niña sigue en el mismo lugar.

Poco imaginan los que viven hoy en el lujoso residencial Yurusti, que entre los cafetales que cortaron para levantar sus casas, se cometió el horrendo crimen de Anais.